

centro de la compasion y misericordia; su genio es la misma apacibilidad y dulzura; su alma, la mas amable, la mas blanda, la mas tierna y sensible, es la materia mejor dispuesta para padecer. La consideracion de que su hijo es Dios, abre las puertas al sentimiento: el sumo amor que como á tal le profesa, forma un raudal inmenso; las gracias casi infinitas que por la dignidad de madre de Dios ha derramado el espíritu divino sobre su alma, se emplean sin intermision en ensanchar las orillas á este torrente; y la afrenta é inhumanidad con que ve padecer á su Hijo, forman un profundo abismo de aguas amargas de tribulacion y de desconsuelo: ve que pierde un Hijo infinitamente mas amable que todos los hijos de los hombres; un Hijo á quien ama, no solamente con el amor natural de la madre, sino con el que le debia tener por haberle concebido sin mas intervencion que la del Espíritu Santo. Pierde un Hijo que es todo suyo, que así como fué eternamente engendrado sin madre, lo habia sido tambien en tiempo sin padre, de solas sus virginales entrañas; y á este Hijo tan amado le oye en aquel triste sitio, *tengo sed*, y no le puede dar una sola gota de agua: ve que no tiene donde apoyar su cabeza, y no le puede servir de reclinatorio: le ve morir, finalmente, y no le puede dar amparo.

Parece que los dolores de Maria no podian ya llegar á mayor estremo; sin embargo, veia á su santísimo Hijo todavía vivo, y una vida tan preciosa, aunque llena de tanta humillacion, no podia menos de dar algun consuelo á su alma. Iba ya Jesus á espirar cuando advirtió que la fijaba la vista como para decirle alguna cosa; y cuando pudiera esperar que con algun tierno y dulcísimo coloquio fortaleciese su angustiado corazón, vió que señalando á S. Juan Evangelista, la dijo con desmayada voz estas palabras: *Mujer, ve ahí, ese es tu hijo*. Los santos no acaban de ponderar lo acerbo del dolor que fueron estas palabras para Maria, que quedó toda absorta y sorprendida al oirse llamar mujer en lugar de madre, y que la daba por hijo á un puro hombre, en lugar del unigénito de Dios. Pero por grandes que fuesen sus amarguras en este punto, se doblaron todas cuando advirtió que el rostro sacratísimo de Jesus, mas hermoso que los de todos los hombres, se cubria de la palidez y sombra de la muerte, que se le quebraban los ojos que eran el resplandor de la luz eterna, y que desmayando poco á poco el aliento, iba á dar el último suspiro: cuando finalmente vió que demudado todo, y clamando con una gran voz á su Eterno Padre exhaló su santísima alma, consumando la grande obra de la redencion del mundo, aquí fué el último desconsuelo de Maria: aquí se acabó

de enlutar su corazón; y aquí se verificó lo que dice el abad Ruperto; esto es, que fué mas que mártir. Y S. Bernardino de Sena llegó á decir: *Que fué tan estremado su dolor, que si se llegase á dividir entre todas las criaturas sensibles, todas perecerian al momento*. ¡O desconsolada Señora! ¿adónde volvereis ya vuestros ojos que no encuentren motivos de sentimiento? Vuestros amigos os han desamparado, y se han convertido en vuestros mas crueles enemigos. La tierra os asusta con temblores espantosos; el aire os atormenta con los ecos de las blasfemias; el cielo se os oculta con negras y espesas tinieblas; el sol oscurecido niega sus alegres luces, y hasta el Eterno Padre se hace sordo á los suspiros de vuestro corazón, y os deja con vuestro Hijo sumergida en las olas furiosas del mas triste desamparo. Tanta multitud de dolores mueve á exclamar con S. Buenaventura: *Oh corazón suavísimo, centro de amor, ¿por qué te has convertido en corazón de dolor! Miro tu corazón, oh madre amabilísima, y ya no es corazón, sino amarga hiel, y corazón de ajenjos*. (Véase el VIERNES DE PASION en las Dominicas, tomo tercero, página 79, y los SIETE SIERVOS DE MARIA, en el mes de febrero, página 164.)

HIMNO.

O quot undis lacrymarum,
Quo dolore volvitur,
Luctuosa de cruento
Dum revulsum stipite
Cernit ulnis incubantem
Virgo Mater Filium!

Os suave, mite pectus,
Et latus dulcissimum,
Dexteramque vulneratam,
Et sinistram sauciam,
Et rubras cruore plantas
Ægra tingit lacrymis.

Centiesque, milliesque
Stringit aretis nexibus,
Pectus illud, et lacertos,
Illa figit vulnera,
Sicque tota colliquescit
In doloris osculis.

Eja, Mater, obsecramus
Per tuas has lacrymas,
Filiique triste funus,
Vulnerumque purpuram,

O cuantas lágrimas vierte,
Y cuan gran dolor traspasa
A la Virgen Madre, cuando
Ve al Hijo de sus entrañas,
Que depuesto de la Cruz
En su seno se le plantan.

Aquella boca suave,
Aquel pecho, de amor fragua,
El costado atravesado,
Ambas manos desgarradas,
Y los pies ensangrentados
Con lágrimas riega amargas.

Mil veces su pecho y brazos
Apretadamente abraza:
En su corazón imprime
Aquellas sagradas llagas,
Y entre ósculos de dolor
Se derrite en vivas ansias.

Ea, Madre, te rogamos
Por las lágrimas que manan
De tus ojos, por la Sangre
De tu Hijo sacrosanta,

Hunc tui cordis dolorem
Conde nostris cordibus.

Esto Patri, Filioque,
Et coævo Flamini,
Estó Summæ Trinitati
Sempiterna gloria,
Et perennis laus, honorque,
Hoc, et omni sæculo.

Amen.

Por su muerte; que en nosotros
Tu grande dolor repartas.

Sea el Padre, sea el Hijo,
Sea el que es Divina Llama,
Sea la Trinidad Suma
Por siempre glorificada,
Y en todos siglos y en este
Oiga perenne alabanza.

Amen.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la que sigue:

O Dios, en cuya pasion la espada del dolor atravesó la dulcísima alma de tu gloriosa virgen y madre Maria, como Simeon habia profetizado: concédenos, piadoso Señor, que los que renovamos la memoria de sus dolores para ofrecer nues-

tros cultos, lleguemos á conseguir el venturoso efecto de tu pasion por la intercesion y méritos de todos aquellos santos que asistieron con fidelidad al Redentor en la cruz. Tú que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo 15 del libro de Judith.

El Señor te bendijo comunicándote su poder, y por tu medio ha reducido nuestros enemigos á la nada. Bendita eres tú, ó hija del Señor Dios altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra. Bendito el Señor que crió el cielo y la tierra, y dirigió tu mano para que cortase la cabeza del principal de nuestros enemigos: porque de tal manera ha engrandecido

hoy tu nombre, que tus alabanzas no faltarán jamás de la boca de los hombres que se acordaren en lo sucesivo de los portentos del Señor, por amor de los cuales no temiste esponer tu vida viendo las angustias y tribulacion de tu gente, sino que socorriste á la ruina que amenazaba en presencia de nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Al aplicár nuestra madre la Iglesia á los dolores de Maria santísima una epístola como la referida, que está sacada del libro de Judith, y contiene parte de los cánticos con que celebró el pueblo de Israel la magnanimidad de aquella heroína, presenta á los ojos de los fieles dos cosas igualmente notables, y que merecen su reflexion. La primera es atribuir á Maria la redencion

del mundo en compañía de su hijo Jesucristo, padeciendo juntamente con él todas sus penas y tormentos, y hasta la misma muerte. La segunda es reconocer en su corazon una fortaleza y constancia superior á la que manifestó Judith en la accion gloriosa y arriesgada de entrarse en un ejército enemigo con el designio de cortar la cabeza á su general, el cual llevó á debido efecto con toda la felicidad que podia prometerse. En órden á lo primero, las insinuaciones de nuestra madre la Iglesia deben tener para con nosotros tal recomendacion de razonables y verdaderas, que seria un delito el negarlas nuestra veneracion, y nuestro asenso. Pero los dolores de Maria tienen además la comprobacion de los padres de la Iglesia, que los reputan por un martirio. S. Jerónimo dice: *Que los demás mártires lo fueron muriendo por Cristo; pero que Maria lo fué muriendo juntamente con Cristo.* S. Ambrosio en el libro que escribió para instruccion de las virgenes (cap. 7), representa á Maria Santísima al pié de la cruz repasando con sus ojos las sangrientas heridas de su Hijo, por medio de las cuales sabia que lograba el mundo su redencion: *Y estaba la piadosa Madre, dice, con un ánimo nada indigno del sangriento espectáculo que miraba, pues no temia á los homicidas. Pendia en la cruz el Hijo, y la Madre se ofrecia á los perseguidores, esperando si acaso con su muerte se podria añadir algo al público sacrificio; pero la pasion de Cristo no necesitó de quien la ayudase ó aumentase.* Estas palabras de S. Ambrosio justifican el piadoso titulo que se le suele dar á la Virgen de Corredentora del género humano, y son análogas á las insinuaciones de la Iglesia.

Con igual razon la atribuye ésta una constancia y fortaleza en los trabajos, superior no solamente á la que manifestó Judith en su gloriosa empresa, sino tambien á las de todos los mártires, por lo cual la ensalza con el epíteto de Reina de los mártires: S. Jerónimo mide la grandeza de sus dolores y tormentos por la grandeza de su amor; y de aquí infiere, que habiendo amado Maria á su hijo Jesucristo mas que todos los mártires, debió padecer al pié de la cruz mas dolor que todos ellos. Por tanto, no duda S. Anselmo decir en un sermón de la Asuncion, que cuando padecieron los mártires en sus cuerpos por la crueldad de los tiranos, fué poco ó nada en comparacion de lo que padeció Maria. Sin embargo, vemos á esta Señora al pié de la cruz, donde está espirando su Hijo, con una fortaleza portentosa. Léjos de ella los lamentos, léjos las acciones descompasadas con que manifiestan el exceso de su dolor las mujeres vulgares: siente lo que no es capaz de sentir una pura criatura; pero al mismo

tiempo se manifiesta en su semblante la invicta fortaleza que sostiene su corazón. Su voluntad está perfectamente resignada en las disposiciones del Eterno Padre, y así como su Hijo le obedece hasta sufrir la muerte de cruz, así también María junta su obediencia con la del Salvador del mundo, sufriendo su penoso martirio con una constancia digna de la Madre de Dios. Por eso dice S. Ambrosio en la oración fúnebre del emperador Valente: *Leo que María estaba de pie junto á la cruz de su Hijo, mas no leo que llorase.* Estas reflexiones son un motivo poderoso para que el cristiano adore la mano de Dios en todos sus trabajos, y los lleve con ánimo invencible.

SECUENCIA.

STABAT MÄTER DOLOROSA, etc.

Véase el Viernes de Pasión, en las Dominicas, tom. 3.º, pag. 90.

El Evangelio es del capítulo 19 de S. Juan.

En aquel tiempo: Estaban discípulo que amaba, que estaba junto á la cruz de Jesus su madre, y la hermana de su madre, María Cleofas, y María Magdalena. Habiendo, pues, visto Jesus á su madre, y al

discípulo que amaba, que estaba de pie, dijo á su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Despues dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.

MEDITACION.

Sobre los frutos que deben causar en el cristiano los dolores de María.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la contemplacion de los dolores de María es un antidoto sumamente provechoso contra todas las aflicciones que se padecen en esta vida, y al mismo tiempo un motivo para esperar con mayor confianza la divina misericordia.

Los dolores de María santísima bien considerados deben fortalecer el alma del cristiano, y llenarle de soberanos consuelos por mas que las aguas amargas de la tribulacion le hayan sumergido en el profundo. Porque ¿qué trabajos pueden ser los tuyos, ó cristiano, que merezcan compararse con los de aquella Señora? ¿Te han usurpado la hacienda? á María santísima la quitaron su Hijo en donde estaban encerrados todos los inmen-

sos tesoros de las riquezas divinas. ¿Han vulnerado tu honor, afeándole con imposturas, y ennegreándole con calumnias afrentosas? María santísima tiene á su Hijo, que es la misma inocencia, crucificado por revoltoso, por embaucador, por un hombre tan malo que queria levantarse por rey, y llegó á tanto el vilipendio, que llegaron á posponerle al facineroso Barrabás. ¿Te han privado de tu pariente, de tu esposo, ó de tu hijo? María santísima se ve viuda, porque Jesucristo es el esposo de las virgenes: la han quitado un hijo Dios de quien era verdadera madre, y con él la han quitado todos los bienes imaginables; pues todos se contienen en la naturaleza divina. ¿Padeces enfermedades, tienes tu cuerpo cubierto de llagas, te afligen la hambre, la sed, la pobreza, y todos los dolores? María santísima se ve despreciada de todos, sin tener modo de aliviar la sed de su Hijo, ni darle sepultura, y su bendita alma está hecha el teatro mas lastimoso de cuantos inventó la crueldad y del mas triste desamparo. Sin embargo de eso, María es inocentísima, y se conforma perfectamente con la voluntad de su Dios. ¿Quién eres tú, pues, que pretendes tener mejor suerte, y mayores privilegios que esta Señora? ¿qué temeridad es la tuya cuando pretendes eximirte de los trabajos de esta vida con una conducta llena de delitos? ¿No será mas razonable pensamiento el llenar tu corazón de una santa tranquilidad y consuelo, considerando en los trabajos que Dios te trata como trató á su misma Madre? Además, que en esto mismo puedes asegurar una dulce esperanza de las eternas recompensas. El mismo Dios tiene dicho, *que no será coronado sino el que hubiese peleado con fortaleza.* El sufrimiento de los trabajos de esta vida es la lucha á que está prometida la palma y la victoria. Por otra, el haber padecido tanto la Madre de tu Dios, te asegura de que en sus dolores tienes un caudal con que pagar tus deudas, y un repuesto de merecimientos en que afianzar tus esperanzas. María inocentísima, y sin la mas leve mancha de pecado, á imitacion de su Hijo, no padeció para sí, sino para beneficio del linaje humano. Ensancha, pues, ese corazón, y conoce que en los dolores de María tienes todo tu consuelo, y en donde colocar la esperanza de conseguir la vida eterna.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el Espíritu Santo mismo aconseja la continuacion en contemplar los dolores de María, proponiendo al mismo tiempo los grandes provechos de que serán participantes los que se empleen en tan santo ejercicio.

En la sagrada Escritura se dice: *No olvides los gemidos y*

dolores de tu Madre, para que se perfeccione en ti la gracia y la bendicion. Esta continuacion en las buenas obras es poco menos que esencial para percibir todo el fruto que ofrecen ellas por sí mismas; pero en los dolores de María se hace enteramente necesaria. Porque, ¿de qué servirá ver padecer á esta Señora en lo mas íntimo de su alma, y que su dolor escite nuestra compasion, si á manera del vuelo de las aves, y el camino del bajel, apenas deja en nuestro corazon unas pequeñas señales de haber existido? ¿de qué sirve traer á la memoria en un día del año que María, aquella Señora inocentísima, que es madre de Dios, aquella Señora que estaba llena de dones del Espíritu Santo, y jamás admitió en su alma la mas ligera mancha, padece por nosotros los mas graves dolores que pueden ser padecidos por pura criatura? ¿qué provecho sacaremos de los oportunos intentos de la Iglesia, que celebra los dolores con el fin de que nos acordemos tambien de los de Jesucristo? Se hace, pues, indispensable la continuacion en contemplar una materia de donde nos deben resultar tantos provechos. Porque no hemos de pensar que el aconsejarnos el Espíritu Santo la continuacion y constancia en contemplar las penas de nuestra Madre dolorosa, tenga por objeto que estemos siempre tristes y llorosos, exhalando ayes y suspiros. No hemos de creer que es para que nos sequemos de amargura, ni nos ocupen mas afectos que el llanto y el dolor. Mayores provechos nos advierte, para mayores intereses nos escita: para que se perfeccione en nosotros, dice, la propiciacion, la misericordia y perdon de Dios, y tenga en nosotros entero cumplimiento la bendicion y la gracia.

¿De qué utilidades tan grandes y ciertas será poseedor el que siguiere contemplando los dolores de nuestra madre y reina María santísima! Todos cuantos buenos pensamientos haya causado en el alma, todos se conservarán con facilidad: le servirá de un antídoto seguro, dice S. Bernardino de Sena, y de un preservativo casi cierto para no pecar: esta contemplacion hará un prodigioso aumento en él de todas las virtudes, dice S. Anselmo: *El flaco cobrará alientos, el afligido consuelo, favor el menesteroso, ayuda el desvalido, el fuerte mas gracia, el santo mas justicia, y el perfecto gloria.* Viendo á María padecer, ¿quién rehusará los ejercicios penosos de la vida cristiana? ¿quién no tendrá los ayunos por hartura, las penitencias por alivio, las enfermedades por regalo, los trabajos de la vida humana por beneficios, las lágrimas por consuelo, y la abstraccion y mortificacion por gusto, dulzura y contento? Viendo padecer á María, ¿quién habrá que retraiga el hombro de la cruz de

Jesucristo? ¿quién no estará contento con su suerte y su estado por penoso que sea? ¿quién no adorará una mano invisible en sus infortunios? ¿quién no abrirá el pecho para que tomen de él posesion los cálices amargos de las tribulaciones con que prueba Dios á sus escogidos? Además que María santísima lo agradece, y no es como nosotros, que dejamos el agradecimiento en mera pasion del alma, sino que le esplica con muchos y muy singulares beneficios, y cuida de que su santísimo Hijo nos mire con especial cuidado. La contemplacion, en fin, de los dolores de aquella dulce Señora, nos preserva del pecado, conserva la gracia, y nos asegura la bienaventuranza eterna.

JACULATORIAS. — ¿A quién te compararé, ó Virgen hija de Sion? ¿En quién podré encontrar tormento que iguale á tus dolores? (*Thren. 2.*)

Tus penas y angustias han llegado á una grandeza tan escesiva, que se me representan mayores que el mar. (*Thren. 2.*)

PROPOSITOS.

Una de las consideraciones mas frecuentes que nos propone nuestra madre la Iglesia es la de los dolores de María santísima. En todas las iglesias se hacen devotos novenarios con este fin piadoso: los sagrados oradores se esfuerzan en sus discursos en proponer los dolores de María pintados con los mas vivos colores que les pueden sugerir su zelo y su destreza oratoria. Están sumamente multiplicadas las sagradas imágenes que representan á esta Señora con todo el extremo de angustia que penetró su inocente corazon. Pero todo esto no suele producir en los fieles otro efecto que un sentimiento pasajero, que no los reforma en sus costumbres. La contemplacion de los dolores de María debe producir en el alma del cristiano una compasion filial, un movimiento serio y tierno del corazon, que acabe con una enmienda verdadera de los delitos que infaman sus costumbres. Al ponerles delante de los ojos una tragedia tan lastimosa, no se deben contentar con prorumpir en algunos sentidos ayes, con destilar algunas lágrimas, cual si estuvieran en un teatro, ó dar á entender de otra cualquier manera que hace mella en sus almas la desgracia ajena; porque esto, sin un asenso á la divina gracia, que llama por ese medio, sin una conversion perfecta al bien incommutable, se queda en un efecto necesario de la misma naturaleza. Es una esplicacion indeliberada de lo vivo y

sensible que tiene nuestra carne: es un material sentimiento causado por el sonido de las palabras que solemos conceder al mas desconocido, y al malhechor mas facineroso. Aun las mismas fábulas y ficciones trágicas, producidas por un ingenio vivo lleno de entusiasmo, suelen sacar las lágrimas de nuestros ojos; pero las lágrimas así vertidas no son otra cosa que humor y jugo que faltan al alma para que quede mas dura: nos testifican hombres, pero no nos acreditan cristianos. La compasion que debemos sacar de los dolores de María debe terminarse en un verdadero dolor de contricion, por el cual detestemos nuestras culpas pasadas, y hagamos un firme propósito de precaver las venideras. Esto es lo que desea de nosotros la afligida Señora, y a este fin nos propone la contemplacion de sus dolores nuestra madre la Iglesia. Debemos considerar aquella sentencia asombrosa que dijo Jesucristo á las hijas de Jerusalem cuando caminaba al Calvario, llevando sobre sus hombros todo el peso de los pecados del mundo. *Llorad, las dijo, sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¿qué se hará en el seco!* Si María santísima siendo madre de Dios, concebida sin pecado, llena de todas las gracias, y la mas pura é inocente que hubo ni habrá en los cielos ni en la tierra, padece tan terribles dolores, que no duda llamarlos la Escritura lazos de muerte, y dolores de infierno: ¿qué pueden esperar los cristianos cargados de iniquidades y sumergidos en el profundo cieno de todos los vicios? Temamos, pues, el rigor de la divina justicia, y sea este saludable temor el dichoso fruto que produzca en nosotros la consideracion de los dolores de María.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD DE LA SANTA VIRGEN MARÍA.

SAN NICOMEDES, presbítero y mártir, en Roma, en la vía Nomentana, quien como respondiese á los que le obligaban á sacrificar á los ídolos: «Yo no sacrifico sino á Dios omnipotente, que reina en los cielos;» fué azotado cruelmente con cordeles emplomados hasta entregar su alma al Señor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN VALERIANO, mártir, en la diócesi de Chalons; al cual el presidente Prisco, lo hizo colgar y descarnar cruelmente con garfios de hierro; y viéndolo no obstante firme en confesar á Jesucristo, y con ánimo alegre é intrépido publicando sus alabanzas, lo mandó degollar.

SANTA MELITINA, mártir, en Marcianópolis en Tracia, la que en

tiempo del emperador Antonino y del presidente Antioco fué por dos veces llevada al templo de los ídolos, y como una y otra vez cayesen derribados los ídolos, fué colgada y azotada, y por último degollada.

LOS SANTOS MÁRTIRES MÁXIMO, TEODORO Y ASCLEPIODOTO, en Andrinópolis; los cuales fueron coronados con el martirio en el imperio de Maximiano.

SAN PORFIRIO, comediante, quien siendo bautizado por escarnio en presencia de Juliano el Apóstata, mudado de improvisó por la gracia de Dios, confesó ser verdadero cristiano; y siendo luego degollado por orden del mismo emperador, recibió la corona del martirio.

SAN NICÉTAS, godo, en el mismo dia, fué quemado por orden del rey Atanarico en odio de la fe católica.

LOS SANTOS MÁRTIRES EMILA diacono, y JEREMÍAS, en Córdoba; los cuales en la persecucion de los árabes, despues de una larga y penosa cárcel fueron degollados por el nombre de Jesucristo. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN APRO ó EURO, obispo, en Toul en Francia.

SAN LEOBINO, obispo de Chartres, item.

SAN ALBINO, obispo, en Lion.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN AICHARDO, abad, en el mismo dia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA EUTROPIA, viuda, en Francia.

SAN NICOMEDES, MÁRTIR.

EL nombre de S. Nicomedes ha sido muy recomendable desde el primer siglo de la Iglesia, y muy célebre en Roma entre los que dieron testimonio de la fe de Jesucristo, tanto por su constante confesion, como por el sacrificio de su sangre. Las noticias que tenemos del origen, vida y progresos de este ilustre mártir, aunque están complicadas con las de otros héroes del cristianismo en términos que no se pueden asegurar individualmente, con todo nos dan una idea de su gran sabiduría, de sus irreprehensibles costumbres, y de su sobresaliente zelo por la religión cristiana, en la que fortificaba á los creyentes, al paso que reducía á la fe á muchos paganos.

La paz que habia sucedido á la persecucion de Neron, que subsistió por espacio de catorce años en los reinados de Galva, Obton, Vitelio, Vespasiano y Tito, favoreció en gran manera á los fieles para reparar el horroroso estrago que habian sufrido antes, y reemplazar con la frecuente conversion de muchos fieles la pérdida de una multitud de creyentes que fallecieron en aquella desgracia. Sucedió en el año 81 de nuestra era, en el imperio Domiciano, monstruo horrible, *Porcion de Neron*, como le llama Tertuliano, no menos formidable que aquella fiera, ni menos